

## **Las calificadoras no han elevado las notas mexicanas porque su crecimiento ha sido mediocre por décadas: Enrique Campos**

Gran expectativa de que este país crezca, ¿pero qué hace falta para que pueda realmente tener tasas superiores de crecimiento? Bueno, que las reformas de las que tanto se hablan se cumplan.

Ya quisieran hoy España o Italia poder colocar euros a largo plazo y con una tasa de interés tan baja como lo hizo México hace unos días. Y no pueden pedir prestado a bajo costo en su propia moneda, porque la falta de estabilidad financiera les hace perder la confianza de los inversionistas.

Ya no es tan sorprendente que México mejore las condiciones de su deuda y que haga colocaciones a largo plazo y con tasas muy bajas para un país emergente. La confianza de los inversionistas financieros se ve claramente en las gráficas de posesión de papeles mexicanos de deuda, tanto que se convierten en un tema de preocupación por aquello de las temporadas volátiles.

Pero ésa es una tarea que México lleva 18 años construyendo y robusteciendo. Antes, el largo plazo en México era un Cete a 28 días. Hoy hay papeles a 100 años. Las tasas de dos dígitos sólo aplican hoy a los pobres acreditados de los bancos, que ese es todo un tema pendiente.

Hoy la realidad es que las operaciones financieras de México están a la altura de un mercado maduro. Podemos decir que de facto este país está acreditado con una calificación crediticia de A, que es algo por debajo de la confianza absoluta, pero muy por arriba de la desconfianza de la mayoría de los países emergentes.

Pero si las firmas de análisis crediticio, al menos las tres más grandes y conocidas, Standard and Poor's, Fitch Ratings y Moody's, no han elevado las notas mexicanas es porque su crecimiento ha sido mediocre por décadas. Hoy los inversionistas que vuelven a creer en México esperan ver resultados.

Como sea, ya se han quemado muchas veces con la leche caliente como para no esperar a ver cosas reales. Las promesas de cambios en este país vuelven a ser tentadoras, como cada inicio de sexenio. Quizá en esta ocasión ayuda el ímpetu que se ve en el gobierno federal, pero sobre todo la extrañada buena voluntad del Congreso.

Pero para que se pueda concretar el estimado del Banco Mundial de que México puede crecer a 6 por ciento y se pueda desmentir el pronóstico del Fondo Monetario Internacional de que el potencial máximo de crecimiento de este país es de 3.5 por ciento, esas reformas prometidas tienen que materializarse.

Para los que toman decisiones, hace falta que por ejemplo las reformas fiscal y energética estén más allá del texto del Pacto por México. Incluso, tiene que ser algo superior al hecho de que el Congreso las reciba, las discuta y las apruebe. Tienen que materializarse los cambios para que efectivamente pueda cambiar la estimación del futuro de este país.

Mientras no se reciba el primer peso de inversión en el sector energético y se recaude el primer peso adicional en el fisco, no será más que una buena intención y ésta no garantiza nada.

Entonces este buen destino financiero puede ser un lugar más seguro y con crecimiento más dinámico, en la medida en que ese mismo proceso de transformación financiera que hemos vivido desde 1995, se empiece a dar en la parte de la economía real.